

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1927 Sábado 29 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Minorías luminosas*, por J. Vasconcelos.—*El fraude piadoso*, por Leopoldo Lugones.—*Polco del camino*, por Rubén Coto.—*Del Dr. Palacios a Mr. Rowe*.—*El 12 de julio*, por Américo Lugo.—*Carta*, de Carmen Lyra.—*Berthelot*, por Eugenio d'Ors.—*Un enciclopedista del siglo pasado*, por Diego Carbonel.—*Mr. John M. Keith*, por J. García Monge y R. Brenes Mesén.—*Una representación de Costa Rica en 1919*, por John M. Keith.—*Observaciones e ideas*, por Arturo Mejía Nieto.—*Bibliotecas aldeanas*, por Luis López de Mesa.—*Mi Don Francisco Giner (8)*, por J. Pijoán.—*EDAD DE ORO: Chabarcha y el diablillo*, por Rafael Lozano.

Mi querido García Monge: Por su benemérito *Repertorio* me entero del reciente manifiesto del Grupo Minorista de la Habana. Por la prensa diaria había sabido de las persecuciones que se han desencadenado sobre el grupo que representa todo el corazón generoso de Cuba, sólo porque cumplió con su deber protestando contra la prórroga del mando presidencial, del General Machado. Desde que supe que el gobierno de este caballero aceptaba convertirse en el brazo de la tiranía del Presidente Calles para perseguir en la Habana a los refugiados políticos de mi patria, comprendí que el contagio mexicano iba a causar serios daños a la «Cuba Libre» de la canción de la guerra de independencia.

Mientras Obregón se reelige en México,—pasando sobre los cadáveres de más de cien mil patriotas que en quince años de revolución han caído defendiendo el principio democrático de la no reelección,—tres millones o más de mexicanos se refugian en los Estados Unidos huyendo de la miseria que crean las tiranías y de los pelotones para las ejecuciones sumarias de los descontentos y los rebeldes.

Mientras Machado se prolonga el período de mando en Cuba, los mejores jóvenes cubanos, los más inteligentes, los más puros, los más patriotas; la esperanza de Cuba, entra en la cárcel o padece proscripciones y amenazas. Como que una violación de la ley trae como anillo de una cadena inseparable, toda una serie maldita de atropellos y calamidades.

Mientras Leguía se solaza en su Imperio absoluto y vitalicio del Perú, también allá, cae otro grupo que era antorcha en las sombras y esperanza

Minorías luminosas

Paris. Septiembre 22 de 1927.



en la angustia. Los redactores de *Amauta*, con el heroico y clarividente José Carlos Mariátegui a la cabeza, van a la cárcel o se ven obligados a dispersarse y a callar. Silencio, antes que nada silencio, eso es lo que exige el crimen.

Todos clamamos en la América en contra de la amenaza imperialista norteamericana; pero son pocos los que comprenden que es todavía más inminente el peligro que incubamos con nuestra sumisión a la ignominia interna. La oleada de fascismo y despotismo que se propaga por toda nuestra América, es más peligrosa para la integridad de nuestros destinos que todos los cañones de la escuadra norteamericana. Porque los pueblos libres tarde o temprano se sacuden la tiranía exterior. Pero a los pueblos esclavizados no es menester conquistarlos, basta comprarlos.

¿En donde está la conciencia de América que no iza bandera de luto por la consolidación de la tiranía en tres pueblos grandes que han solido

ser libres: México, Cuba y Perú? Bandera de luto y de reivindicación!

Emilio Roig de Leuchsenring, Jorge Mañach, Rubén Martínez Villena, José A. Fernández de Castro, Juan Marinello, Tallet, todos los demás: Una tarde con horas de anhelo y gloria, fui de los vuestros. Recuerdo que entonces, casi no me creíais el relato que os presentaba del fondo siniestro de la situación mexicana. Yo también me mostraba un poco optimista delante de los temores vuestros de ver consolidarse una tiranía en Cuba. Desgraciadamente los sucesos nos van dando la razón, pero no se atreven a poner en nuestras manos el poder que podría castigar enderezando.

Por lo menos, ya no habrá hoy un solo pecho honrado capaz de negar nuestras terribles previsiones. Nuestra América va al abismo y no ha de salvarse mientras sigan siendo ustedes, mientras sigamos siendo todos nosotros: Mariátegui y socios en el Perú, Manuel Ugarte, Palacios y cien más en la Argentina, cien en cada pueblo, pero todos *de la minoría*. Si no nos volvemos mayoría, nuestras patrias se perderán. Está visto que nada conseguimos con hacer bellos papeles de víctimas; es menester que la virtud se haga respetar con el poder. La sociedad vive de imposiciones pero sólo cuando son los buenos los que se imponen a los malos, los pobres pueblos, levantan, siquiera sea un instante, la esperanza. Veo muy lejano un cambio; pero no hay otra solución que el cambio. La latinidad padece lepra desde Italia hasta Chile. La lepra del despotismo. Fascistas, personalistas, reeleccionistas, esclavos, cuando llegue el yankee no haréis sino cambiar de patrón.

J. VASCONCELOS

El fraude piadoso

Buenos Aires, 16 de setiembre de 1927.

Señor

don Joaquín García Monge.

Mi querido amigo:

Los ideólogos bolchevisantes y socialistas que colaboran en su excelente *Repertorio*, proporcionánme con frecuencia la oportunidad de escribirle: servicio involuntario, pero real, que les agradezco de veras. Ello contribuye, además, a ratificarme de hecho una conclusión histórica que deduje, tiempo há, de mis estudios sobre el Imperio Romano: la identidad de la primitiva propaganda cristiana con la del socialismo presente, su última secta filial, como que los fanáticos fueron y son los mismos en todo tiempo.

Figuraba entre los elementos de aquélla, con una eficacia tal, que hasta hoy subsisten muchas de sus patrañas, «el fraude piadoso», o sea la falsificación sistemática cometida por los Padres de la Iglesia en los textos de los escritores paganos, mediante el truncamiento, la añadidura y la interpolación, con el objeto de refutarlos cómodamente, o presentarlos adictos a su doctrina: procedimiento que siguen practicando los jesuitas, sus famosas «ediciones castradas» de los clásicos griegos y latinos, por supuesto que *ad maiorem Dei gloriam*: A.M.D.G., según la marca de fábrica.

San Basilio y San Agustín, por no mencionar sino los más célebres, nos han revelado el motivo de acción tan infame y alevosa: siendo el cristianismo la única verdad, todo debía sacrificarse a su triunfo. Este propósito justificaba el delito, fuese de pensamiento o de obra, trocándolo en actividad benéfica; y tal fue la siembra que tuvo en la Inquisición su monstruosa flor de sangre y fuego.

La inquisición roja cuyo Vaticano está en Moscú, sin que falten ni el consistorio Permanente llamado Tercera Internacional, ni la tumba de San Pedro parodiada por el sepulcro de Lenin, practica exactamente aquel sistema. Su farsa piadosa ante la ejecución de Sacco y Vanzetti, simultánea con centenares de fusilamientos sin formación de causa en la Rusia de los Soviets, es gemela del piadoso fraude que la moral práctica del socialismo enseña bajo fórmula catequística, según el conocido programa de la Tercera Internacional.

Debo a este sistema con que la secta colectivista ha corrompido el alma de tantos, para quienes, según va viéndose, «el honor es un prejuicio burgués», la atribución de un fal-

so texto que su *Repertorio* transcribe sin la acostumbrada nota de remisión (lo cual me extraña) en cierto artículo tomada de la *Revista de Revistas* de México, y suscrito por don Jaime Torres Bodet.

Hé aquí lo que dicho señor me atribuye entre comillas, es decir bajo apariencia textual, y la manera como elude la responsabilidad de su travesura:

«Hace un año, en ocasión de la demasiado célebre polémica Chocano-Vasconcelos, Leopoldo Lugones que, en los días de nuestra adolescencia, suponíamos digno de representar el pensamiento de la Argentina pacífica, hizo publicar en un diario de su patria y en las páginas del *Repertorio Americano* que dirige en Costa Rica el sereno y un poco equidistante García Monge, una carta en que se exponían sin disfraz los conceptos del egoísmo más descarnado.

«El problema del indio no es nuestro», afirmaba en esos renglones la firma que redactara en otro tiempo los versículos iluminados de *Las Montañas de Oro*. Es un problema que México ha querido imponer a los demás países de la América Latina, como ha tratado también de imponerles el problema de defensa común contra los Estados Unidos, que es sólo suyo».

«A Argentina no le interesan más estas dificultades», añadía más adelante. «Es rica, en tanto que México es pobre; y goza de una paz abundante, mientras que México atraviesa por un turbulento período de destrucción social».

»Cito de memoria, porque no tendría el valor de volver a penetrar en el tejido de esta literatura, que parodia tan de cerca el estilo y los

modos suficientes de los estadistas norteamericanos».

Véase, ahora, lo que dije yo exactamente:

«Lo que mi país no puede ni debe, es endosar cuestiones que no sean de su directo interés; porque, dadas las exigencias de la vida nacional para todos los pueblos en este momento histórico, es ya inmensa la tarea de bastarse. El problema del indio será muy interesante para México; mas, para nosotros no, porque acá no hay ya indios. El del negro preocupará a los Estados Unidos o el del chino al Perú, pero no a la República Argentina donde no hay negros ni amarillos, sino en mínima proporción. Mi país no entrará en conciertos de americanismo sentimental, porque no se hace política internacional con sentimientos, sino con hechos; ni aceptará, por inminentes que parezcan, la suspicacia de peligros imaginarios».

Esto fué todo. De suerte que los conceptos despectivos para México, transcritos entre comillas por el Sr. Torres Bodet, resultan de su exclusiva invención, es decir absolutamente falsos.

Cuando se va a transcribir un texto ajeno, sobre todo si pertenece a un adversario, hay que tener el valor que le faltó al Sr. Torres Bodet, y leerlo con atención para no cometer una bajeza, poniéndose a merced de aquél. Pero, dicho señor, es de la escuela de Vasconcelos, según se infiere, y adopta como aquél la cómoda posición de los irresponsables a mil leguas. En esto, más que en otra cosa, aunque muchas son, es pernicioso el ejemplo socialista. Así hemos llegado, acá también, al espectáculo de una juventud degradada por el sectarismo en la renuncia de todo atributo viril,

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em singular en Costa experiencia la colo

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPOS

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Polvo del camino

A María Isabel Carvajal

empezando por la rectitud del espíritu: ese honor que lejos de constituir un prejuicio, es la definición del hombre como entidad social.

En lo que a México respecta, bástemle recordar lo que sigue de ese mismo artículo interpolado por el señor Torres Bodet⁽¹⁾. No soy de los que han entrado a interesarse por la noble y querida nación, sólo cuando la han creído una sucursal de la bárbara Moscovia. La patria mejicana tendrá siempre mi cariño y mi respeto, cualquiera que sea su ley. Pues tampoco pertenezco a los que parangonan su amistad con su ideología. Compadezco, por el contrario, a esa juventud misógina y fraccionaria de seminaristas rojos, que sólo se atreve a distancia continental, y sobre el cuerpo de papel de una copia tergiversada...

Triste ejemplo para nuestra América en este momento de transición peligrosa, y ante todo para ese gallardo México del águila que señorea soberana sobre el campo de su pabellón. Mas, prefiero creer que, a mi vez estoy incurriendo en calumnia involuntaria. Por grande que sea el mérito del Sr. Torres Bodet, su influencia mejicana debe hallarse al nivel de su probidad.

Soy su siempre aftmo.

LEOPOLDO LUGONES.

(1) Hé aquí el párrafo pertinente:

«Por análoga razón de buen americanismo el gobierno mejicano ordenó en 1921 al Sr. Nervo, su encargado de negocios en París, donde me encontraba entonces, que me invitara a las fiestas del centenario de la República, como huésped nacional, recordando, sin duda, que en 1914, cuando dirigía yo en aquella capital la *Revue Sud-Americaine*, tuve la fortuna de contribuir al éxito de la revolución mejicana, mediante una propaganda cuya eficacia reconocieron los agentes de la misma hasta un punto tal, que más de una vez asistí como miembro de honor a las deliberaciones del comité presidido por Don Miguel Díaz Lombardo, Murillo (*Atl*) y Sánchez Azcona, me lo agradecieron con reiteración; y Don Carlos Pereyra, ministro de Méjico en Bruselas, colaboró a mi pedido, con un brillante artículo: *Le Mexique se suffit* (Méjico se basta), cuando las intervenciones de Europa y de los Estados Unidos parecieron inminentes. En el mismo número de la *Revue*, bajo el título *La question mexicaine*, colaboró el citado Díaz Lombardo, con no menos brillantez; y la expresión de mis propias opiniones al respecto fué, asimismo, terminante, hasta valerme una advertencia de deportación policial. Ello, aunque entre los colaboradores de la *Revue*, figuraban Clemenceau y Pelletan».

Solo

LA presencia de este hombre me ha hecho pensar siempre en un árbol de la montaña. Erguido, fuerte, primitivo, grato. Sin duda pasa ya de los sesenta años. La frente un poco estrecha, el pelo rehacio, la barba rala y crecida, los pómulos abultados, curtida la piel por el sol, los ojos miran tímidos.

Vive en el monte con la hija, Máxima, «lo único que le queda en el mundo». Baja al pueblo muy rara vez, y cuando lo hace es en vía de negocios para regresar pronto a sus soledades.

Máxima contará unos veintitrés años, cuando mucho. Su encuentro hace pensar en otro árbol montañés de florecencias rosadas. Observándola en los ojos, se advierte que dos llamas desprendidas de las pupilas del padre han venido a refugiarse en las de la hija para sonreír allí tímidamente, de tal modo es la semejanza entre los ojos de ambos.

Llaman a la puerta con energía, es él:

—Chirracá, copal, colpachí, gavilana...

Cuanto pregona lo va exponiendo a la vista del cliente, en el umbral de cada puerta, extraído de un saco de gangoche oloroso a selva, a río, a viento de las sabanas, a sol.

Los artículos vienen acomodados en el interior del saco, dispuestos en manojos. Se piensa si en el fondo no irá también, oculto entre las cortezas de los palos silvestres, y que puede surgir de pronto, el canto de un jilguero, o el rumor de algún río cuyo acento sólo conocen los peñascos y las rocas en el corazón de la montaña.

Por semana Santa vienen siempre los dos. Aprovechan en esa época la demanda que hay en el pueblo de los tallos comestibles que dan los montes: sùrtubas, palmitos, pacayas y algún otro de agradable amargor que ambos traen, y para asistir a las ceremonias del culto religioso los días grandes. Se vuelven el Sábado Santo después de oír Misa de Gloria, muy contentos de poder llevar un cabo de candela bendita, agua bendita y algunas semillas benditas también. Suelen hacer sus apariciones en el pueblo, además, por Pascua de Navidad. Entonces llegan cargados de musgos frescos y parásitas florecientes. En vano sería tratar de buscar un trasunto más fiel de la Vida que el ofrecido por los veinte o más años de esta muchacha sonrosada, sana y

fuerte, cargada de musgos y de flores cogidos por ella misma en el fondo de barrancos y peñascales a donde antes sólo descendieran algún rayo de sol, gotas de lluvia y hebras de luz desprendidas de las estrellas. Pronto regresan a su galera del monte y nadie les vuelve a ver hasta pasado mucho tiempo.

La última vez vino el padre sin la hija. Llegaba por vender algo y hacer algunas compras. Contra lo frecuente en él no hacía alusiones a Máxima. Alguien quiso saber de ella, a lo que contestó después de meditar un rato: Máxima estaba para casarse el día siguiente: se iría con el marido a otra parte; y él se quedaría en la galera completamente solo.

Al terminar la relación cerró los ojos y sonrió con tristeza. Fue como si en una de las ramas de aquel tronco fuerte hubiera brotado una frágil flor de cardo.

Tomás Villalobos

TOMÁS VILLALOBOS es un indiecito ya viejo, encorvado, conserva el pelo muy negro, los dientes casi todos en muy buen estado, los exhibe siempre al sonreír. Sonrisa dulce y tímida. Jornalero antes y músico de procesiones de Santos, de rosarios del Niño, de bodas rumbosas, de bailes aldeanos y de algún circo que llegaba al pueblo. Los compañeros de orquesta murieron todos: murió el maestro ñor Juan Félix, era el director del cuerpo y músico de violín, sacaba piezas de sí mismo y adaptaba a su orquesta cuantas podía coger al vuelo de músicos trashumantes que pasaban por la carretera y se estacionaban por cortos momentos en las esquinas en donde hacían girar el manubrio de algún organillo cubierto de polvo, o que hacían sonar gaitas y otras músicas callejeras. Se ufanaba mucho de ser el autor de un *Alabado* que tenía en su corto repertorio sólo para ciertas solemnidades. Se murió después Toribio, el del bajo; después Santiago, el del clarinete, y algún otro más. Tomás Villalobos añora todas estas cosas y sonríe tímidamente con melancolía. Cuando se disolvió el grupo, costaba ya que su instrumento diera todas las notas, tocaba el alto: «... ta, ta... ta, ta...» La gran carga de años que lleva auestas lo mantiene imposibilitado para trabajar como en otros días: en casa se dedica a algunos quehaceres mínimos: siembras fáciles en el cerquito contiguo, mandados por la ve-

ciudad, compras, sin importancia, pastoreo de algún niño cuya madre hace oficio, desyerba del empedrado frontero a la puerta, barrido del pequeño patio, algún remiendo sencillo, en fin.

En la estación del ferrocarril hay una larga banca de madera que sirve de asiento a los que van allí a esperar el tren. Tomás Villalobos no es de esos; sin embargo, ha venido a sentarse junto a los demás, y hace como si él también estuviera esperando la llegada del tren; se ha colocado la mano sobre la frente en forma de visera, y se pone a mirar con fingida impaciencia la prolongación del camino de hierro que se pierde a distancia; pero esto sólo dura un momento. Tomás baja la mano y atiende a las exclamaciones de un antiguo conocido, viejo como él, al que desde hace muchos años no había vuelto a encontrar.

El conocido se vuelve todo preguntas, y Tomás Villalobos a todo va contestando lentamente:

—¿Y Juana, Tomás?

—Pues Juana se murió...

—¿Y Miguel, qué se hizo?

—Ese vive en Juan Viñas, para allá se fue...

—¿Y Rosa?

—Esa se fue de la casa...

—¿Y Manuela?

—Manuela vive todavía conmigo...

—¿Y Juan Antonio, qué se hizo?

—Ese también se murió... le dió una fiebre.

—¿Y Lupe?

—Lupe se fue de la casa un tiempo, es la menor, ahora está otra vez conmigo...

La conversación languidece al fin, y los dos viejos que ahora están solos en la banca, después de un largo silencio inclinan la cabeza y quedan medio dormidos.

Del cuello entreabierto y sucio de la camisa de Tomás Villalobos, sobresale la punta de una cinta descolorida y mugrienta, es una *medida* reliquia del Nazareno, de las que venden en las iglesias los días Jueves y Viernes Santos; sobre la oreja del otro se sostiene un cabo de tabaco húmedo. Una chicharra detenida en una rama cercana canturrea obstinadamente. El viejo indiecito enorvado contrae por momentos la boca y ya no es el canto de la chicharra lo que vibra en mi oído, son las voces de la humilde, de la extinta orquesta de mi pueblo. En el conjunto de instrumentos predominan las notas del alto de Tomás Villalobos — «...ta, ta... ta, ta...» monótonas y porfiadas.

El milagro

CUANDO trataba de encontrar asiento para mí en el coche de ferrocarril atestado de pasajeros de toda clase, lo que me iba resultando ya difícil, sentí que una mano me golpeaba con suavidad en la espalda:

—Aquí cabemos los dos, si gusta, patrón.

Era un hombre ya viejo el que así se ofrecía a compartir su asiento conmigo. Las manos callosas de jornalero, descalzo, recién rasurada la barba, el bigote canoso y recortado; muy expresivos los ojos, muy dulce el semblante; estatura corta, camisa nueva y sombrero de pita ordinario, recién lavado, con cinta negra y ancha.

—No tenga miedo de que lo vaya a ensuciar. (Levantó el brazo para mostrar con cierta satisfacción sonriente la manga de la camisa limpia).

—Venimos de Cartago. Trepamos esta mañana a pata, porque «ésta» tenía ofrecida una promesa.

Observé la persona «ésta» a que el viejo se refería. Era una mujer de poco menos edad y de los mismos rasgos fisonómicos, con ligeras diferencias. Al sentirse aludida confirmó con un movimiento de cabeza lo que el otro acababa de decir, y continuó:

—Nuestra Señora les había hecho el milagro patente. Ellos hacía como unos siete años trabajaban en Turrialba, sin ofender a nadie; se desapareció de la hacienda una novilla alazana y no encontraron otro a quien echarle el muerto más que a ellos.

Volví la vista a mi compañero de banco. Con los ojos muy abiertos, con la boca entreabierta, como extático, pendiente de la relación que hacía su mujer. Lo interrogué y él siguió:

—Como a los dos meses de estar en la cárcel—«ésta» venía a verme todos los sábados—resultó que me iban a sentenciar... Entonces le avisaron al juez que ya habían parecido los güesos de la novilla en un despeñadero del río; los hallaron al voltiar un quisarrá, todos juntos, y me soltaron.

Advertí que los ojos de mi vecino se nublaban ligeramente. Quedó como reflexionando durante un momento y continuó:

—... Es la primera vez que se mete conmigo la justicia, porque ni por guaro ni por bochinchés.

La mujer concluyó:

—Primero Dios y la Virgen todo salió bien.

Refirió que había ofrecido la promesa, un exvoto, unos grillos diminutos de plata vieja que, después de subir la iglesia de rodillas, «él» colocaría en el altar de la milagrosa imagen. A eso habían subido a Cartago. «Repáre», agregó, y desanudando la punta de un pañuelo floreado de rojo, me mostró algunas piedrecillas de las

que recogen los creyentes del fondo de la gruta practicada al pie del altar.—«Traemos también una botellita con agua de la fuente...»

La buena mujer remató la relación:

—El patrón nos dejó dicho que podíamos volver a la hacienda... pero el pobre también tiene vergüenza... aunque necesite...

El tren se detuvo algunos segundos en la estación inmediata y los dos viajeros bajaron al andén.

Un amigo

Lo encontré muy afanado en el oficio de barrer uno de los caños del servicio público en una de las poblaciones cercanas a la ciudad.

—Me estoy ganando aquí un puyoncito (colocó la escoba verticalmente y la sostuvo del extremo con la mano derecha, apoyó allí el codo de la izquierda en tanto que en esta otra descansó la sien correspondiente); soy el guarda de los tanques de la cañería de aquí; como me quedan ratos libres en la mañana, me bato a esto (estiró los labios como para indicar el caño en donde descansaba la escoba). Soy Solís, de unos que les dicen *tobobas* por mal nombre; ¿los conoce? Tengo familia en Tres Ríos, en Mata de Plátano y en Guadalupe. Vivo solito y en cualquiera parte la paso. Me tomo mis tragos y me alegro cuando puedo, y a nadie ofendo. Porque yo, ni esto (hizo un ademán muy vivo, como de quien va a coger rápidamente algún objeto próximo); ni esto (sacó la punta de la lengua y la señaló con el índice). Consejos de mi tata cuando se iba a morir: «No te dejes herencia porque ya vos ves que soy un tieso de nación, mi tata a mí tampoco me dejó nada; pero eso sí, que no te vias nunca en cuentos ni en enredos, ni cogiéndote lo ajeno. Beber, todos bebemos, pero precurá no descandalizar...» En los tanques me gano veinticinco pesos al mes, pal jaspe; y aquí por barrer estas cinco cuadradas, a los dos laos, cuatro riales diarios, pa la ropilla y algún regalo que hago. Antes, cuando tenía más juerzas, me sacaba mis buenos fornales en haciendas, hora ya me canso, tan viejillo... Me gusta que siamos amigos; uno debe tener siempre sus relaciones. (Arrojó al caño una saliva coloreada de tabaco y empuñó de nuevo la escoba).—Sigo tirándole: ya se está asomando la mujer de esa casa, que es lo que hay cavilosa y buena pa un cuento; me tiene marcado: que me paso curtiendo, que el sueldo me lo regalan, así es que el oficio tengo que hacerlo en dos monazos, como toda la mañana tengo encima la bandida.

Era de mediana estatura, descalzo, en camisa, sostenidos los pantalones en la cintura con una correa de cuero muy vieja, uno de los ruedos recogidos en dobleces hasta la mitad de la pantorrilla; rubio, robusto, de buen color, de nariz aguileña, los labios finos, la barba un poco crecida y casi toda blanca; el sombrero de pita, muy sucio, de ala muy corta y recogida en todo el rededor de la copa. Con las palabras le salía de la boca un olor muy pronunciado a aguardiente.

El hijo

No recuerdo de una sensación de mansedumbre igual a la que pude recibir la vez que los ojos de esta anciana se quedaron, por un momento fijos en los míos. Bajo el arco plateado de las cejas se escondían, tras unos párpados cansados, las pupilas, negras y brillantes, del color de pequeñas semillas de anona madura, húmedas con la miel de la fruta.

Vestía enaguas nuevas de género canela y cotona de cuadritos negros; del cuello bajaba un pañuelo grande y blanco, de tela ordinaria, cuyos extremos se perdían en el interior de la pretina de las enaguas; un pañoloncito negro, de lana, muy viejo y de mucho uso hasta resultar verdoso, pero muy limpio, le cubría la cabeza, los hombros y la espalda dejando libre la cara; las barbas de esta prenda de vestir habían desaparecido a trechos; sobre la cabeza un sombrero de pita bastante engomado, de cinta negra y ancha; delantal azul de bolsas repletas; en el índice de la mano derecha una sortija, gastado el aro, con una piedra verde,—entre la piedra y el metal se advertían los rastros de la masa del maíz molido aquella mañana; como una gran parte de las mujeres de nuestro pueblo, descalza, con los pies limpios; le quedaban muy pocos dientes y los mostraba a cada instante en la conversación; en el momento en que la encontré, fumaba un puro de tabaco de olor suave. Al reparar en mí, la anciana tomó de la manigueta un pequeño canasto que tenía al lado en el extremo del banco, y dentro del cual había siembros de hojas frescas, y lo colocó en el piso, junto a un chorreador de café y unas alforjas de mecate; limpió con la palma de la mano el sitio ocupado antes por el canasto y me indicó que allí había campo para mí.

Iniciamos la plática una vez que el tren comenzó a andar.

—Arriesga a llover temprano; pero cuando aquí llueve en la Lina está haciendo bueno, por eso no me asusto. Yo me apeo en la Herediana, es la estación que está después del Branche. A lo que voy es a ver un hijo, el

único que tengo, todas las demás son mujeres; es el santo que más se adora, porque al fin los hombres sufren más. Él es el que manda los pases, si no, no podría ir a verlos. Le llevo esos siembros, en lo propio hay que ir sembrando de todo un poquito. Aquí va ruda, mermú, un chirrite que es lo que hay lindo; llevo también un chayote nacido, de unos que saben puramente a papa, semillas de un ayote que nos comimos, puro pejivaye, y otras de miramelindo blanco, del doble; a él le jala mucho tener flores; y hasta tapate voy cargando. Lo que se me olvidó fue el asenjo... Válgame Dios y tan presente que lo tenía! Ya los viejos no servimos pa nada. En el pedacito va habiendo de todo: mais, camotes, ñame, caña, uh!... hasta que se queda uno almirao. Mais se puede sembrar en cualesquier tiempo: hará tres meses que estuve, había uno en hilote, otro cospó, y iban a sembrar más, que ya estará tamaño. Ya deben tener camino carretero, esa vez que le digo se entraba por un trillo hasta el rancho. Tomaré llegar de aquí a las cinco: allí está él con la bestia esperándome. Me quieren mucho los nietos: el segundo es el más amoroso, se parece mucho al tata; a mí no me gusta que me bese, pero apenas me

descuido se me guinda del pescuezo y dice a gritar: "Hora sí, mama, hora sí..." y se agarra a besarme la cara. A la madre le dicen mamá, a mí, mama. Tanto que hablan de las suegras, y viera como es esa nuera conmigo: yo me pienso si será que le he caído en gracia; padece de yelo en los pies, lo cual que aquí le llevo aguarrás con aceite, es muy bueno; la aguarrás sola es mala, seca el tuétano, por eso se le echa el aceite. Yo de lo que he padecido ha sido de paludismo... Ave María! pero ni a un perro se le desea esa enfermedad: tuve que salir de una casita y de dos vacas que tenía, pa curarme; y a mí que no me gusta dauctor del pueblo, por el desprecio con que miran al pobre, pues ése fué el que me rescató, a las tres veces ya había acertao, Dios primero...

Hablaba con voz un poco cansada. En las pausas de la plática *subía* con fruición el tabaco que iba fumando; y cada vez que nombraba al hijo sonreía con los ojos, con la boca, con la frente, con todo el semblante. Hasta del fondo de las arrugas de la cara parecía brotarle entonces la sonrisa, leve y dulce.

RUBÉN COTO

San José, Costa Rica.

Del Dr. Palacios a Mr. Rowe

Alfredo Palacios saluda muy att. al Sr. Director del Repertorio Americano y se complace en enviarle copia de dos cartas que desea ver publicadas en la valiente Revista que dirige.

B. A. Sept. 1927.

Sr. García Monge

Direct. del Rep. Am.

De Mr. L. S. Rowe, Presidente de la Unión Pan Americana, al Dr. Palacios, Presidente de la Unión Latino Americana.

UNIÓN AMERICANA.

Washington, D. C., E. U. A.

6 de Agosto de 1927.

Mi estimado Dr Palacios:

He leído con profundo interés una carta publicada por Ud. en el *Repertorio Americano* y creo que es muy conveniente rectificar la errónea interpretación de mi pensamiento que motiva las apreciaciones de Ud.

En el discurso que en el verano pasado pronuncié en el Instituto de Política, de Williamstown, mi idea fué poner de relieve la importancia de desarrollar más estrechas relaciones intelectuales entre los estudiantes de los Estados Unidos y los de la América Latina. El único propósito que tuve en mira fué hacer evidente la influencia que las relaciones intelectuales pueden tener para eliminar en lo futuro desacuerdos se-

mejantes a los que han surgido en el pasado, y mediante la mejor inteligencia entre los estudiantes de los países de América, ellos podrían contribuir a fomentar el espíritu de unidad y de cooperación panamericana, que considero de suprema importancia para el porvenir de América.

Muy lejos estuvo de mi pensamiento el propósito de combatir de ningún modo las ideas de la «U. L. A.».

Tanto Ud. como yo tenemos el más vivo interés en ver a las Repúblicas de América realizar la alta misión que están llamadas a cumplir y estoy convencido de que esta misión no puede ser adecuadamente realizada a menos que exista una mutua comprensión entre los miembros de las nuevas generaciones en todas las secciones de este Hemisferio.

Con sentimientos de distinguida consideración, soy su muy atto. servidor,

L. S. ROWE

Director General

Del Presidente de la Unión Latino Americana, Dr. Palacios, al Presidente de la Unión Pan Americana, Mr. L. S. Rowe.

UNIÓN LATINO AMERICANA

Buenos Aires, 6 de septiembre de 1927.

Señor Director de La Unión Pan Americana, Mr. L. S. Rowe. Washington.

Estimado señor:

Agradezco a Ud. la atención que ha tenido de rectificar mi afirmación, tomada de las noticias publicadas por los diarios de esta capital, referentes a los conceptos enunciados por Ud. en su conferencia dada en el Instituto de Política, de Williamstown; y me satisface mucho que no abrigue animosidad alguna contra la Unión Latino Americana cuyo propósito fundamental es el de favorecer la unión de los Estados de Ibero-América, lo que juzgamos nosotros condición indispensable previa para después, en su caso, realizar la unión de toda América, constituyendo así, una potencia incontrastable de democracia internacional, capaz de imponer las normas del derecho en las relaciones entre todos los estados.

Advierto, sin embargo, que Ud. hace referencia únicamente a la conveniencia y necesidad de la mutua comprensión entre ambas Américas, como si el problema planteado pudiera solucionarse con una simple intensificación de relaciones. Considero ese criterio equivocado, pues tengo la convicción de que en tanto se mantenga la orientación actual de los dirigentes norteamericanos, no se podrá establecer un intercambio fecundo ni realizar una coordinación armónica de voluntades. Yo hubiera estimado mucho más interesante y provechoso que hubiera expuesto Ud. con toda franqueza su opinión respecto de los tópicos contenidos en mi mensaje, y la posibilidad o las dificultades de realización que Ud. perciba para cumplir la misión civilizadora que el destino ha señalado a América.

Nada dice Ud., por ejemplo, que permita vislumbrar una reacción en los dirigentes de hoy, o las generaciones próximas, en lo que se refiere a esa tendencia norteamericana de imposición prepotente, de exclusivismo orgulloso y de aislamiento individualista que tan marcadamente se ostenta en toda la acción internacional de ese país, especialmente en la invasión de Nicaragua; y que ha puesto tan de relieve la actitud de la justicia y los gobernantes norteamericanos en el reciente caso de Sacco y Vanzetti, contestando con el silencio desdeñoso a los pedidos de clemencia formulados en todos los países a favor de esas dos víctimas. No puede Ud. imaginar el

daño que hacen a los Estados Unidos esas actitudes retadoras y antihumanitarias en la conciencia de las nuevas generaciones de estos países. Pasará mucho tiempo antes que olviden ese gesto inhumano y desafiante; y solamente una rectificación sincera que evidencie un cambio total de orientación y procedimientos podrá hacer renacer la confianza y la estimación a ese país, en el alma popular. Pero el criterio y el ánimo que han inspirado tal actitud no se prestan en manera alguna a reconocer y corregir esos errores, sino antes bien a insistir en ellos, agravándolos. Inspira dicha actitud, en primer lugar, un desprecio y un odio a las ideas que ese país, o sus clases dirigentes todavía consideran nefandas y aún delictuosas, cosa que puede favorecer el desarrollo capitalista pero empobrece el carácter y la personalidad de un pueblo, dificultando su evolución, y después, un concepto insolidario que implica el desprecio más absoluto hacia el resto del mundo, a cuya opinión y anhelos se sobrepone el orgullo de la propia voluntad.

No es posible con tales proceder realizar la unión y la concordia entre todos los países, sino provocar por el contrario su aislamiento que pondrá a los Estados Unidos frente al mundo como hizo el Kaiser con Alemania. Si tal es el ideal que ustedes persiguen no hay duda de que van bien enca-

minados y que se hallan a punto de reemplazar al extinguido imperio germánico en su gesto de amenaza y desafío para el resto de la tierra. Mas no olviden que existe una fuerza imponderable, increíble que se llama conciencia universal y que posee también sus rocas Tarpeyas para las potencias que se atreven a infringir sus leyes.

Nosotros, por el contrario, los pueblos de Ibero-América, y sobre todo la juventud de estos países que encarna su conciencia en formación, nos sentimos inspirados por ideales de justicia y solidaridad humana que consagran el derecho de la plena libertad de pensamiento para todos los hombres, y el anhelo común de colaboración y fraternidad universal.

Ya vé que, por desgracia, en el presente nuestras direcciones respectivas son antagónicas; y sólo el despertar de una nueva conciencia en las jóvenes generaciones de ese país, es lo que puede determinar la misión que todos anhelamos para realizar los altos ideales, que únicamente América se encuentra en condiciones de imponer en el mundo.

Tales son mis más vivos deseos, en cuyo sentido me permito solicitar su valiosa cooperación.

Saluda a Ud. afectuosamente,

ALFREDO L. PALACIOS
Presidente.

El 12 de julio

*«Cuatro orquestas famosas turnaban...
El presidente inició el primer vals, y bailó
animadamente muchas veces más...»*

JACINTO SILVESTRE

PARA Sarmiento, gobernar es educar. Para nuestros presidentes, gobernar es bailar.

El baile es fervida expresión de juvenil rogocijo. Parejas ágiles, acaso enamoradas, ejecutan mudanzas a los acordes deliciosos de la música. La danza es como preludio del vuelo, y sólo la juventud es ala.

En su *Canción de la Primavera*, prorrumpe Piferrer:

*«Ya vuelve la primavera:
Suene la gaita,—ruede la danza»*

Bello, en cambio, canta:

*«En el baile bullicioso
El loco placer hostiga;
Enturbia el tedio la delicia, y rueda
Impuro polvo en túnicas de seda».*

Orfeo, Pirro, Luis XIV y Dessalines, inventor del carabiné, esa famosa danza pírrica criolla, fueron, sin duda, grandes bailarines; pero la edad proveya no es muy propicia a los arrebatadores encantos del vals.

Los bailes presidenciales de América Latina son danzas ocultamente armadas: el ojo de la dictadura relampaguea en el cañón de las carabinas circundantes que secundan, como un antiguo coro trágico, los pasos armoniosos del bailarín cesáreo.

Uno de los pocos puntos en que el Quijote de Montalvo es superior al de Cervantes, es el baile. Aunque es cierto que el español sólo hizo bailar el suyo para ridiculizarlo.

«¿Pensáis—le dice Sancho a D. Quijote—que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensáis, que estáis engañado: hombre hay que se atreverá a matar a un gigante, antes que hacer una cabriola: si hubiéredes de zapatear, yo supliría vuestra falta, que zapateo como un gerifalte; pero en lo de danzar no doy puntada».

En casa de D. Antonio Moreno, el Ingenioso Hidalgo se olvidó que antes de su primera salida frisaba con los cincuenta. Entre las damas del sarao

«había dos de gusto pícaro y burlonas... Estas se dieron tanta priesa en sacar a bailar a D. Quijote, que le molieron, no sólo el cuerpo, pero el ánimo. Era cosa de ver la figura de D. Quijote, largo, tendido, flaco... desairado y sobre todo no nada ligero. Requebrábanle como a hurto las damiselas, y él también como a hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros alzó la voz y dijo: *Fugite partes adversae*; dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos; allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan; y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio».

Aleccionado—si el loco es, como el cuerdo, animal de poco escarmiento—por tan amarga experiencia, no se prestó ni mucho ni poco a las carantoñas de la endiablada señora Chimbusa el D. Quijote de Montalvo; aunque es verdad que estotro Cide Hamete es más serio y cauteloso y menos natural y candoroso que el primero Benengeli: «Sea majestuoso el hombre—dice,—que esto vale mucho, y no halle placer en cosas que dicen mal con las circunstancias que le vuelven distinguido».

En casa de don Prudencio Santiváñez, rompe el baile; y D. Quijote, «metido en sus gregüescos, secas, estiradas las piernas, y un tanto quebradizas: con una cara de santo por lo flaco, de vista en cuchara por lo prolongado, de emperador por lo grave y señoril»,

se mira rodeado por las muchachas más invencioneras y graciosas. Allí están Alda de Sansueña, Lippa de Boloña, Lida Florida, Oliva de Sabuco, la linda Magalona, Cintia de Guindaya, Prusia Fincova, todo un enjambre de femeninos ángeles... «Loco era D. Quijote y muy loco en ciertas cosas; advertido, empero, hasta sabio en otras: no bailó ni le pasó por el pensamiento el buscar pareja, y se rehusó con vigor a las excitaciones de los pisaverdes. La gravedad de su estado, la circunspección de su edad le hicieron mantener un porte digno; y mientras bailando a todo su poder se hacían pedazos los mancebos, él se dejó estar en una esquina de la sala, grave, alto, casi adusto».

AMÉRICO LUGO

(Patria, Sto. Domingo).

Las iniciativas

Octubre 24 de 1927.

A don Joaquín García Monge.

P.

Al leer en el último número de *Repertorio Americano* el *Manifiesto* de Haya de la Torre, el *Boletín* del Comité Ejecutivo Internacional de la A. P. R. A., El *Problema de Indoamérica y el Complot Comunista*, de Magda Portal, me he preguntado cuál podría ser por el momento en Costa Rica una forma de responder al llamamiento que allí se nos hace a los latinoamericanos.

Su *Repertorio* es leído en nuestro país por un corto número de personas: las unas despreocupadas de tales asuntos y las otras convencidas de la razón que asiste a los autores de tales artículos, pero nada más.

¿No cree Ud. que sería un medio de ayudarles, el poner esos hechos al alcance de los más? ¿Por qué no reunimos entre unas cuantas personas la suma necesaria para publicar dichos artículos en hojas que se repartirían en todo el país? Podríamos hacer siquiera mil, con la súplica de que cada persona que leyera una la pasara a otra. Tal vez la Universidad Popular querría cooperar.

En espera de su contestación queda,
su servidora y amiga,

CARMEN LYRA

Nota.—Lo que propone Carmen Lyra es posible. De ello también nos ha hablado Alberto Masferrer. Bastaría que unas 50 personas contribuyeran con ₡ 1 al mes. Dos o tres hojas alcanzarían a salir.

¿Concurrirán esos 50? Los aguardo. Estoy a la orden.

gm.

Berthelot

LA verdad: con Berthelot no nos sentimos demasiado tranquilos. ¡Es tan ochocentista! «Quién se atrevería a considerar hoy la ciencia como una distracción estéril, en presencia del crecimiento general de la riqueza pública y privada que de ella resulta»—decía Berthelot en su discurso con ocasión del cincuentenario de su entrada en el Colegio de Francia... «Visto el crecimiento de la riqueza.» ¡Ya te atrapé, ingeniero!

No puede negarse además en Berthelot la presencia de cierto elemento escenográfico. La química, hay que confesarlo, se presta a ello. Un alambique se parece siempre un poco a un chirimbolo para juegos de manos. Octavio de Romeu decía que no podía ver a un químico en su laboratorio sin caer inevitablemente en la loca idea de que se trataba de alguien que se valía del tecnicismo para componerse un *cok-tail* sin ser molestado.

Que Berthelot había sido la última gran mente enciclopédica, a la manera de los sabios del XVII y del XVIII. Gran mente enciclopédica, sí, observamos nosotros. Semejante a los sabios del XVII y del XVIII, no.

EUGENIO D'ORS

(Del tomo *El Valle de Josafat*, ATENEA S. E. Madrid).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación.

Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno	\$ 6.00 oro am.

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da
un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

LA Francia gloriosa de Lavoisier, Claudio Bernard, Renán y Pasteur aspira, gracias a la universal simpatía y a la gratitud que los grandes pensadores de la época sienten por la evolución histórica de la ciencia francesa, a que el centenario de uno de sus hijos, que lo ha sido también del mundo, por los beneficios que su robustez intelectual y experimental reporta al progreso de la investigación, sea conmemorado por todos los pueblos en donde un grupo de hombres se ocupa en estudiar los misterios naturales de la Química.

Venezuela no podía mirar con desdén aquella maternal aspiración de la Francia, porque el gobierno que preside el señor General Gómez, tiene por norma de sus actos administrativos contribuir siempre a que se haga efectiva la justicia de la Historia; porque uno entre nuestros más originales investigadores del siglo pasado, el ilustre caraqueño Vicente Marcano, fué discípulo de Marcelino Berthelot, si bien que haya sido indirecta la influencia que éste ejerció sobre la personalidad científica del venezolano; la acción directa de aquella influencia perteneció a Wurtz. Así es la verdad: Wurtz fué célebre por la época en que Marcano trillaba los senderos de la observación, en tanto que Berthelot es casi de ayer: nació en 1827, ⁽¹⁾ año en que ya Wurtz tenía planeada su obra; para 1840 era mozo apenas de 13 años de edad. Pero sea por la huella profunda que Wurtz dejara en los anales de la Química, fuera que Berthelot haya sido el heredero directo de sus métodos y tendencias en la Ciencia, por esto, indudablemente, Marcano fué su discípulo, habiendo sido, como sabemos, amigo y colaborador de Adolfo Wurtz. Éste y Berthelot transitaban por los mismos senderos; Marcano fué uno de los pocos que indirectamente, por esa influencia que los grandes representativos

⁽¹⁾ 25 de octubre de 1827.

Un enciclopedista del siglo pasado

=De *El Nuevo Diario*. Caracas=



El sabio Berthelot en su laboratorio del Colegio de Francia

imprimen en las generaciones de su tiempo, siguió la ruta señalada por Berthelot. Sus labores no sólo corresponden a la Química, sino que tienen que ver con las industrias que aplican las conquistas del análisis; en su obra de *Filosofía Química* transita, como Berthelot, por los caminos de la Filosofía y de la Historia.

Filósofo, historiador y sabio! tres calificativos que no equivalen a lo mismo. Y eso fué Marcelino Berthelot, y esa es la razón por la cual se ha querido ver en su extensa y variada labor científica y e intelectual una influencia directa del espíritu proteico de la *Enciclopedia*. También se ha dicho recientemente que sus bondadosas aspiraciones como librepensador las

debió a la íntima amistad con Renán, en cuyas fuentes filosóficas (sobre todo en *El Porvenir de la Ciencia*), habría aprendido a exagerar el valor de las conquistas científicas, como el autor de la *Vida de Jesús* que todo lo esperaba del esfuerzo y de la sagacidad experimental. Se dice esto porque una frase de Berthelot indicaría que éste aceptaba la certeza absoluta de que la ciencia química había llegado a su más alto punto de perfección y a la reconstitución de la vida gracias a la síntesis de las sustancias orgánicas...

No sé a la verdad en donde escribió semejante afirmación pueril el hombre infatigable que, durante su larga vida de investigador, pudo redactar más de 1,200

monografías, y que gastó 30.000 hojas de papel en el cálculo de sus investigaciones. El dato lo conozco de segunda mano: lo comenta León Daudet para denigrar de Berthelot a causa de haber dicho éste, o algunos de los investigadores de su tiempo, que «a Dios le estaba prohibido entrar en los observatorios». Sin embargo, es propio de los grandes creadores la enfermedad que produce el espejismo, como aquella enfermedad que hizo ver cosas extraordinarias al «creador de células» de Nantes: Esteban Leduc!

Pero lo que sí pudiera ser motivo para la crítica, tal vez, fuera aquella frase categórica: «El dominio donde la química sintética ejerce su poder creador es más grande que el realizado actualmente por la naturaleza...»

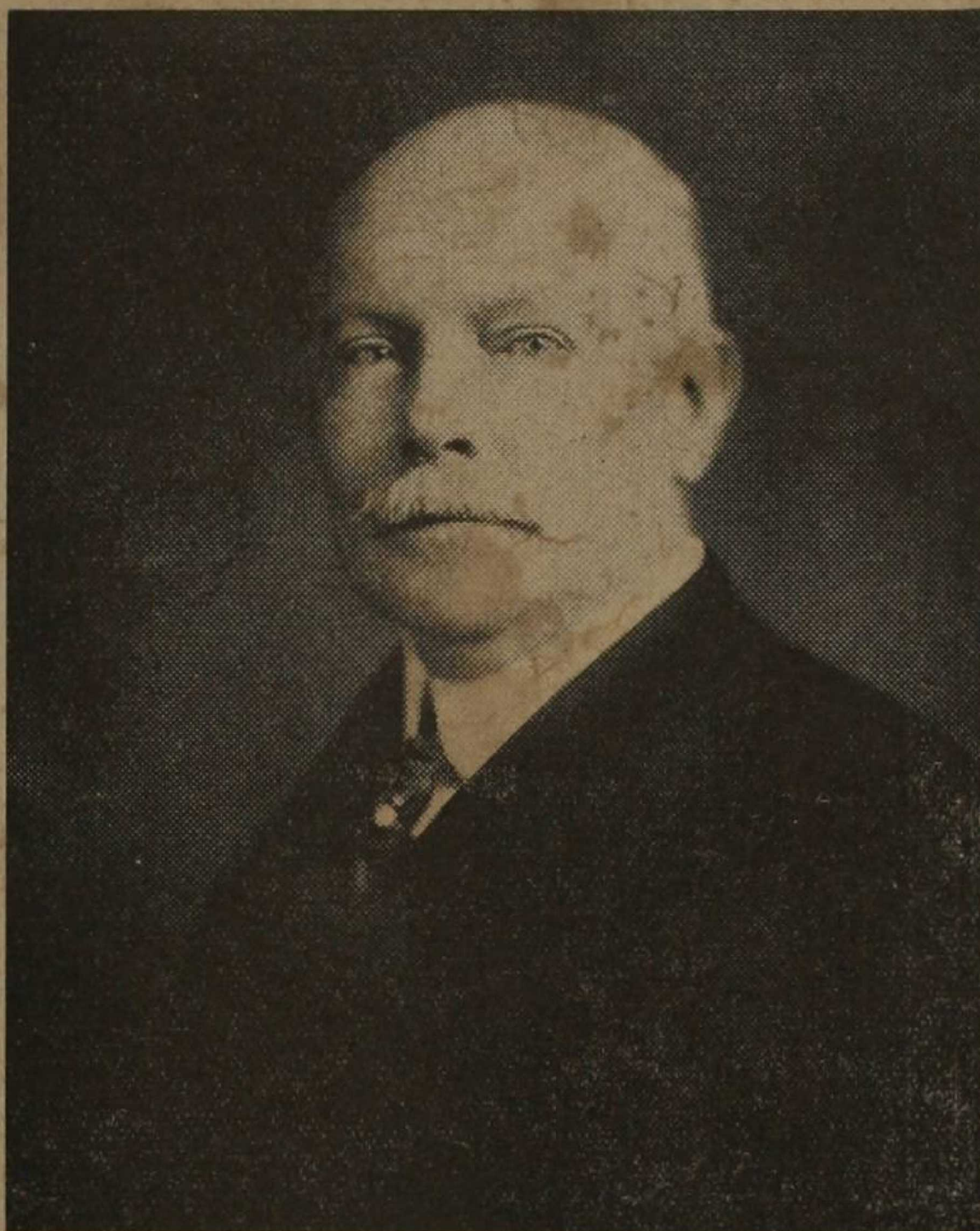
Frase compleja y difícil de explicar; afirmación tortuosa si se quiere y hasta inspirada por la presunción del entusiasmo, pero que en la pluma de Berthelot resultaría mínima ante la trascendencia que iban a tener en el porvenir las sorpresas maravillosas que logró descubrir y definir en la naturaleza enigmática: el solo alcance de sus trabajos sobre los procesos de síntesis bastaría a justificarla, si no fuere que ya daría la clave de su comprensión el número inapreciable de polímeros e isómeros.

Carlos Gerhardt que era a lo que se alcanza, un pensador estrecho sometido a las previsiones de un práctico que manejara fio-las y reactivos, escribió en 1842 que «el químico hace todo lo contrario de la naturaleza viva; quema, destruye, opera por análisis; la fuerza vital es la única que trabaja por síntesis, reconstruye el edificio abatido por las fuerzas químicas». No podía ser más definido el criterio de un vitalista, que era uno de los más famosos químicos de su tiempo. El mismo Berzelius sin comprender exactamente todo el significado de la úrea sintética

(Pasa a la página 251)

Es un eminente pensador. Tiénesele por muy competente hombre de finanzas. Es mucho más. El sabe que las finanzas no pueden desentrañarse del conjunto de las actividades sociales: éticas e industriales, económicas y agrícolas. Está convencido, por experiencia personal y por estudio, de la imposibilidad de intentar la solución de los problemas financieros con abstracción de todos los demás, desde un punto de vista de hombre de estado. Pertenece a la escuela de los hombres de negocios con visión de hombres de estado. De ahí el valor de sus opiniones acerca de las situaciones políticas de los Estados Unidos o de México, de Nicaragua o de Costa Rica. Al revés de los políticos de cortos alcances, él no considera exclusivamente a los hombres, sino los fenómenos políticos en relación con los hombres. En las manifestaciones económicas o políticas él trata de buscar la relación con otros similares fenómenos, de descubrir la ley que les genera y que, por tanto, les explica. En este sentido le comprendo cuando digo que es un eminente pensador. Sus informes, sus memorandums ofrecen vistas nuevas y conclusiones originales y felices. Contempla el problema particular sobre que informa, pero le ve dentro de un conjunto. Analiza, sin aislar disecando.

Su cultura intelectual es de una extensión que sorprende. Su inteligencia está siempre alerta. Le interesa el último drama de Bernard Shaw tanto como el último prólogo de Brook Adams, *La Europa que yo vi* de Vanderlip lo mismo que el más reciente libro de Spargo, y un artículo acerca del *Poder temporal del Papado* en *Atlantic Monthly* tanto como los estudios acerca de la *Soberanía* de Laski. Y ninguna de esas lecturas deja de inspirarle una reflexión personal con que enriquece su siempre interesante conversación. Tal es el hombre que yo he tenido el privilegio de tratar en sus dos últimos viajes a los E.E. U.U.



(Cortesía de La Tribuna).

Mr. John M. Keith

Quien tuvo el privilegio de conversar un rato con Mr. John M. Keith, algún recuerdo amable conserva de él, algo interesante tendría que contar de él. Poseía una extraordinaria y simpática personalidad, que irradiaba, que dejaba en pos de sí alguna huella imborrable. Personalidad múltiple, desde luego. Cautivaba su ondulante conversación: como banquero, como estadista, como filántropo, como hombre de estudio. El espíritu curioso y dilatado de tan claro y noble varón, tenía manantiales con qué sustentar a los que para bien propio se le acercaban.

Con él conversé cinco o seis veces, y del contacto con tan ameno pensador y hospitalario corazón, siempre salía ganancioso: algo aprendía, alguna reflexión suya seguía vibrando en mi alma inquieta, un cierto cariño y devoción sentía por él.

Si quisiera ilustrar con ejemplos estas declaraciones, tendría que extenderme, lo que no puedo ahora. Si debo confesar que en este banquero, en este americano del Norte —de los buenos, de los que nos hacen falta, porque nos comprendía y nos amaba—hubo para el Repertorio curiosidad y simpatías. Me consta que lo leía, y comentaba algunos de sus artículos. Y lo que conviene que se sepa: me le extendió su protección, me le concedió un modesto crédito en su casa bancaria, lo bastante para sentirme en lo sucesivo confiado, con el paso firme y el ánimo resuelto. Y con una cosa tan sencilla para él y tan elocuente y conveniente para mí, comprometió mi gratitud perdurable. Quien no trató de cerca a Mr. Keith, ignora el dolor de ciertas orfandades en que a veces el alma se ve sumida...

J. García Monge

Octubre de 1927 y 17.

El presente discurso, escrito con pocas horas de anterioridad a su lectura, la cual no debía durar más de diez minutos, se destinó a la Segunda Conferencia Financiera Panamericana el

año pasado. Como se hiciesen de él grandes elogios entre los asistentes a la Conferencia y me hablase de ello con particular énfasis el Doctor don Manuel Gondra, ex-presidente del Paraguay, y ac-

tual Ministro de esa República en Washington, lo solicité del señor Keith.

Aparecen en ese discurso muestras del hombre que he tratado de presentar a quienes en Costa Rica desconocen este otro noble aspecto del señor Keith. Los cuatro primeros párrafos implican el conocimiento de todos los esfuerzos que se vienen haciendo para destruir la Leyenda Negra respecto de la conquista de las Américas. El párrafo quinto resume la historia del progreso material de Costa Rica. El sexto enuncia apenas una de las más trascendentes cuestiones del dereconstitucional que se va creando en nuestros días, en relación con las finanzas de las naciones democráticas. El séptimo implica el conocimiento exacto del servicio de nuestras deudas exteriores y es a la vez un acto de justicia hacia la nación. Los dos párrafos siguientes refiérense a la tributación directa. El décimo contiene un elogio de los tribunales de justicia y de las leyes relativas a las transacciones comerciales y bancarias. Los cuatro párrafos siguientes revelan el conocimiento de los progresos de la geografía económica y social, desconocida de políticos y hombres de negocios. El párrafo quince ha necesitado una nota, ya que el mismo señor Keith ha creído conveniente escribir un memorándum referente al valor de los productos de los países tropicales. Y en alguna relación con eso se hallan los párrafos 16, 17, 18. Y del párrafo 21 en adelante, hasta el fin, el conjunto de reflexiones del señor Keith alcanza una elevación de miras y revela un espíritu de justicia que todos los costarricenses debemos admirar y agradecer. Otra clase de importantísimos servicios que la nación costarricense le debe se conocerán más tarde, cuando una hora más propicia llegue, y sea posible discutir con ecuanimidad y con seguridad el pavoroso paso de las sirtes por que acababa de atravesar la república.

(Escrito en 1920).

ROBERTO BRENES MESÉN

Caballeros:

POR su área y población es Costa Rica una de las más pequeñas repúblicas de Hispano América, y al mismo tiempo una de las más progresistas.

En su desenvolvimiento no ha tenido que afrontar muchos de los graves problemas étnicos con que otras de sus hermanas repúblicas han tenido que luchar, ya que las gentes de Costa Rica, constituyen un pueblo homogéneo descendiente de los conquistadores hispanos, quienes trajeron a América la civilización occidental y dieron cima a la más asombrosa proeza de colonización que se registra en la historia.

Innumerables tribus salvajes diseminadas en el vasto Continente, con rudimentaria y tosca agricultura, ignorantes del hierro y del acero, sin animales de trabajo ni de ordeña, recibieron de los conquistadores sólida unidad mediante una lengua, una religión y una jurisprudencia comunes, junto con el arte, la agricultura y las tradiciones de la madre patria.

Sólo hasta época muy reciente han comenzado los historiadores ingleses a escribir sin prejuicios de raza acerca del período constructivo de la América Hispana.

La denigración que de las proezas españolas hizo Las Casas circuló ampliamente, olvidándose los críticos de que tres siglos más tarde otros se sirvieron de su ejemplo cuando cruzaron el Istmo de Panamá para ir a entenderse con los vigilantes de California.

Después que Costa Rica adquirió su independencia, y a despecho de su pobreza trató ella misma de ponerse en más estrecho contacto con el mundo exterior y estableció un firme fundamento para su desarrollo interno. En 1871 comenzó la construcción de un ferrocarril interoceánico, ahora en servicio. Ya había establecido el telégrafo y su admirable registro de la propiedad, tan perfecto que constituye una rara ocurrencia la aparición de un litigio acerca del título de una pro-

Una Representación de Costa Rica en 1919

Discurso del señor Jonh M. Keith

piEDAD. Ha construido casas escolares es cada una de las ciudades y aldeas del país. Sus edificios públicos son timbre de orgullo de la República. Costa Rica fué casi la primera de las naciones hispano-americanas que se dio cuenta de la importancia de la higienización, y comenzó la de su puerto principal en 1893. Ingentes sumas de dinero se han gastado en el saneamiento de sus ciudades y aldeas. Este entusiasmo por la expresión material del progreso le ha sido bien costoso y es causa de la pesada carga de deudas contraídas por el país.

Como muchas de sus hermanas repúblicas ha intentado financiar una forma de gobierno democrático bajo un sistema social no democrático. Obtiene sus rentas principales por medio de los impuestos indirectos aduaneros y el monopolio de los licores, la incidencia de los cuales recae sobre las gentes menos capaces de pago.

La explosión de la guerra produjo el naufragio de su sistema fiscal con la reducción de sus ingresos aduaneros. Las rentas de aduanas y de licores dieron en garantía a los accionistas ingleses y franceses, y el país de cordiales sentimientos proaliados, mantuvo con lealtad el servicio de sus empréstitos extranjeros sacrificando sus obligaciones internas y con ello «hizo su poquito».

Hízose imperativa la necesidad de una reforma fiscal, pero ha habido gran divergencia de opinión acerca de formas y medios. Se recorrió al inflamiento del medio circulante, lo cual agravó la situación depreciando el valor de la moneda y disminuyendo el poder de compra del pueblo. Los ingresos por impuestos aduaneros redujéronse en un 75%.

Mediante la tributación directa creáronse nuevas

rentas que sin duda alguna serán el fundamento de un sano sistema fiscal en el porvenir, pero el efecto inmediato de esta reforma se ha nulificado con la intranquilidad política que engendró y que ha ocasionado excesivas expensas militares.

Acerca de los tribunales judiciales del país sólo puede hablar con elogio. Sus leyes relativas a los instrumentos de crédito, bancos, patentes y marcas de fábrica, corretaje, quiebras, etc., son modernas y satisfacen casi por entero las recomendaciones de la conferencia financiera de 1915.

A causa de la posición geográfica de Costa Rica dentro de la zona tropical, ofrece muchos de los problemas comunes a esa región en la cual se halla situada gran parte de la América Hispana. Es un error corriente en el Norte considerar a los trópicos como la porción más fértil de la tierra, y atribuir su escaso desarrollo material a la indolencia de los habitantes.

No es ese el caso. Es en los trópicos en donde la raza humana pelea su mayor combate por la existencia. Ni los brazos ni las riquezas se acumulan aquí en el mismo grado que en las regiones templadas. Las fuerzas destructoras de la naturaleza reaccionan constantemente contra el esfuerzo creador del hombre.

Tiene aquí el agricultor que trabajar doce meses en el año a diferencia de los cuatro meses en el Norte y el provento de un año de trabajo es inferior en volumen y precio. Las lluvias torrenciales imposibilitan el uso en grande escala de la maquinaria que ahorra el esfuerzo del hombre.

No fué un accidente lo que situó la metrópoli de los Estados Unidos en la desembocadura del Río Hudson en vez de llevarla

a la del Misissipi, ni lo que dió la situación de la capital del Brasil a 23 grados al sur del Ecuador en vez de llevarla a la boca del Amazonas.

Los bajos precios de sus productos han obstaculizado el progreso de los trópicos. ⁽¹⁾

No puede esperarse, pues, una considerable expansión comercial sobre una base firme hasta tanto no haya una alza en los precios y volumen de sus productos, que permita más altos salarios y superiores normas de vida para sus clases trabajadoras, creando de esa suerte un mayor poder de compra. No pueden comprar más allá del valor de sus productos.

Los problemas del porvenir son tanto sociales como económicos y exigen sumas dispendiosas para saneamiento, mejores facilidades de transporte, educación pública etc.

Costa Rica ha esforzado su crédito tanto como posible para crear esas fundamentales condiciones de progreso, y orgullosa está de cuanto ha realizado, pero no ha logrado acrecentar materialmente el monto de los precios de sus productos, aunque sí ha crecido el volumen de sus exportaciones.

En la conferencia financiera de 1915 Mr. Bryan sugirió la extensión de un crédito por parte de los Estados Unidos en favor de la América Hispana para financiar sus mejoras.

Parece a muchos insensata esta sugestión, pero no debemos olvidar que los seis billones en oro y plata producidos por las minas de la América Española, hicieron posible el sistema de crédito al cual debe el mundo su actual desenvolvimiento material.

1. Aquí se hace una simple mención de un importante fenómeno económico, al cual ha dedicado el señor Keith un más extenso estudio en un memorándum que se publicará en este semanario. La brevedad del espacio que se otorgó a los discursos de la conferencia impidieron un mayor desarrollo de este problema, así como de este otro relacionado con los valores morales sobre que descansa la altura hispano-americana.

El observador accidental siéntese muy inclinado a juzgar la América de los trópicos por su falta de progreso material, perdiendo de vista el hecho de que la civilización hispano-americana descansa sobre valores humanos más bien que materiales.

Su organismo social es la gran fuerza estabilizadora situada detrás de los esfuerzos constructores de cuatro siglos que ha podido resistir las vicisitudes, el clima y las fuerzas destructoras de la naturaleza. Muy apartadas de la madre patria estuvieron las colonias, con inseguros medios de comunicación, sujetas a vivir de sus propios recursos, bajo regímenes políticos buenos, malos e indiferentes. Pocos pueblos poseen principios democráticos tan firmemente arraigados en su organización social, ni luchan con más vehemencia para expresar esos principios en sus instituciones políticas, si bien a veces aparecen sus gobiernos como una negación de esos principios, juzgándoles con nuestras normas.

A pesar de dificultades étnicas casi insuperables en el camino de su realización, haciendo caso omiso de sus fracasos y desilusiones reiterados, adhiérense con pertinacia a la más elevada expresión del principio democrático con la misma fe que su Iglesia mantiene sus principios éticos, a despecho de la debilidad de la naturaleza humana.

La democracia nos ha dado poder y prosperidad. En Hispano América ha traído consigo la lucha y el desaliento, pero se ha conservado la fe. ¿Puede entonces maravillarnos que exijan su auto determinación? Su simpatía con la causa que ha de hacer salvo al mundo para la democracia ha sido manifiesta.

No me detendré en la antítesis de la América Latina y la Anglo Sajona. El sacrificio heroico de Francia en defensa de la causa democrática durante la última guerra, demuestra que las gentes latinas y nosotros mismos unidos estamos

en la causa común de la libertad humana. Costó a Francia cerca de tres cuartos de siglo después de su Revolución para dar realidad a las aspiraciones democráticas de su organización social en sus instituciones políticas. La América Española tiene problemas por resolver mayores aún que los de Francia para realizar sus aspiraciones. Grande es la deuda de gratitud que le debemos al difunto Rey Eduardo de Inglaterra, quien supo ver en el alma de Francia la misma as-

piraciones democráticas atoradas en la raza inglesa, si bien expresadas de diferente modo; e hizo posible la Entente que salvó al mundo para la democracia. Si nosotros los norteamericanos pudiésemos ver en el alma de los pueblos de Hispano-América encontraríamos los mismos ideales y aspiraciones en la causa común de la democracia que deberá unirnos en una confianza y un respeto mutuos.

(Repertorio Americano
1º de febrero, 1920)

Un enciclopedista...

(Viene de la página 248)

producida por Woehler en 1828, decía en 1843: «Aunque llegáramos, con el tiempo, a producir con cuerpos inorgánicos varias sustancias de una composición análoga a la de los productos orgánicos, esta imitación incompleta sería demasiado limitada para que pudiésemos esperar producir cuerpos orgánicos... como los obtenemos en el mayor número de casos para confirmar el análisis de los cuerpos inorgánicos... Berzelius, como Gerhardt, era hijo de su tiempo, o de una escuela ya célebre y que no admitía la posibilidad de que el «principio vital» haya sido hasta el siglo XVIII y mediados del XIX una barrera que al fin ha sido carcomida...»

Berzelius no creía, propiamente, en la síntesis orgánica, a pesar del firme paso de Woehler, pues que él calificó la conquista como de imitación incompleta... Fué necesario que Wurtz, en 1850, advirtiera con la prudencia del verdadero sabio: «Si con ayuda de las reacciones la sustitución de los radicales hidrocarbonados al hidrógeno se llegó un día a complicar las moléculas orgánicas con tanta facilidad como ahora se las descompone, de fijo que esta creación artificial de sustancias orgánicas colocará a la Ciencia, desde el punto de vista teórico, a un nivel superior y conducirá seguramente a las más felices aplicaciones».

Estas frases de Wurtz dan la medida del estado de incertidumbre en que vivían los sabios del año 50; indican toda la importancia que aun asignaban a los misterios de la naturaleza considerados como incommovibles gracias a que el «vitalismo» cuyas bases hacíanse más sólidas por una torpe interpretación de los hallazgos pasteurianos era una herencia que tenía sus contrafuertes en la religión. Berthelot va a encontrarse frente a la autoridad de Gerhardt y ante la magistral negación de Berzelius!... Su aptitud será la del innovador de ideas y procedimientos, la del incrédulo de una escuela filosófica y científica, la de un rebelde que sin negar la sinceridad de los observadores, se da el derecho de investigar también, de interpretar y de crear. Pertenecía al grupo que Delacroix clasifica de profesores del año 60.

De toda esa pléyade, a Pasteur se deben las conquistas de la química óptica, y a Sainte-Claire Deville las de las altas temperaturas. También los trabajos de Regnault influyen en la evolución que se realiza en el terreno de la Química, sobre todo en materia de pesos atómicos y de calores específicos. Toda la escuela de Wurtz emprendía la reforma; especialmente se ha hecho célebre la polémica entre

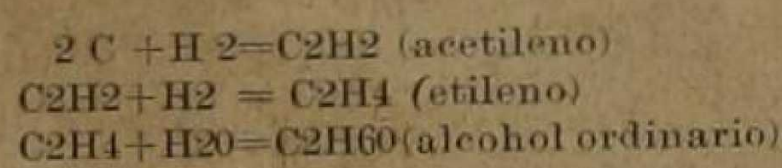
éste y Sainte-Claire Deville, "especie de lucha de principios contra la experiencia". Sainte-Claire Deville fué hábil experimentador pero enemigo de las ideas generales; Berthelot era "adversario más serio, pero como filósofo rehusaba admitir la hipótesis sobre la cual se apoyara la teoría atómica". Para este tiempo, Gerhardt "so pretexto de organizar la química orgánica, desorganiza la mineral". Y como el descubrimiento de Woehler era un hecho aislado en la Ciencia, no había, propiamente, razones para admitir que las dos químicas fuesen una misma química. Y aquí se impondrá la justicia de la Historia y hasta la axiomática conjetura de la filosofía materialista: «se pretende que Berthelot ha destruido la fuerza vital; no se destruye lo que no existe». Además y esto, claro es, no resta grandeza a la obra de Berthelot: no habría sido éste el creador de los documentos; su obra será una como especie de articulación entre el descubrimiento de la úrea por Woehler y el del ácido acético en 1825 por Kolbe, jalones estos que iniciaron el edificio de la *Química orgánica fundada sobre la síntesis*. En esto consiste, propiamente, la obra y hasta la gloria de Berthelot: sus estudios no disponían de otra luz que la de aquella de sus precursores: la época no era propicia para pensar en tales empresas a las cuales se oponían junto con la naturaleza misma las hipótesis reinantes. En términos que si el hombre es hijo del medio, Berthelot no era del suyo que negaba la posibilidad de intentar la síntesis en el campo de la naturaleza orgánica, como ya se había logrado en el dominio de la naturaleza mineral. Sin embargo, en 1854 inició la síntesis de la «serie decisiva», como la califica Carlos Moureu: sintetizó primero el isosulfonato de alilo y lo identificó con la esencia de mostaza. Luego, un año más tarde, en 1855, obtuvo la síntesis del alcohol etí-

lico; el mismo año logró la del ácido fórmico; en el 57 realizó la del alcohol metílico; en el 62 estableció la del acetileno; la de la bencina en el 66 y la del ácido oxálico en el 67... Para obtener tan grandes triunfos, sobre todo cuando estableció la síntesis del ácido fórmico, dedujo que durante el proceso hay absorción de calor, o que es endotérmico el proceso. Esto dióle la clave para establecer los tres principios de la termoquímica fundada por Berthelot y que sirviéronle más tarde para sus investigaciones de las materias explosivas que, desgraciadamente, han servido menos a las industriss generosas que a la carnicería entre pueblos, sobre todo en los últimos años.

Aunque la ciencia experimental siga por hábito de sus investigaciones el metodo de la observación, antes de que ésta evolucione conforme a principios que en cierto modo emanan de la lógica, suele el hallazgo ni siquiera presentado establecer las rutas por donde mas tarde marchara aquél que supo descubrir la ley de los «hallazgos». Para 1850 varios químicos habían logrado reproducir muchas sustancias que a la verdad no podrían calificarse como operaciones de síntesis: el almidón por ejemplo, sometido al ácido nítrico produjo el ácido oxálico; con un cuerpo mineral se producía uno orgánico haciéndolo derivar de otro orgánico infinitamente

más complicado. Kolbe, en 1843, obtuvo el tetacloruro de carbono por una vía que sería la sintética: partió del azufre y del carbono, simplemente. Pero Melsens, en 1845, redujo aquel tetacloruro por medio de la amalgama de sodio y obtuvo el metano, primero entre los hidrocarburos saturados y base primordial en las grandes moléculas orgánicas.

Corresponde a Berthelot un lugar preponderante en los orígenes de la química sintética. Porque fué él, según Jagnaux, quien identificó en unas mismas las leyes que rigen tanto en la formación de las sustancias orgánicas como en la de las sustancias minerales. La síntesis del alcohol ordinario es todo un primor de sagacidad científica. Se podría esquematizar así la serie de operaciones que dieron por resultado el triunfo:



Esta síntesis del alcohol tal como la había concebido el genio de Berthelot, indica que su imaginación de sabio supo divagar por los «fantásticos» caminos de la hipótesis: supo seguir el sendero tortuoso de las transformaciones moleculares. Su visión profundizó no sólo en el misterioso edificio de las estructuras, sino que inspirado en la obra de Pasteur, y con el análisis por lumbré, sorprendió el ciclo del ázoe

y dedujo utilísimas consecuencias aplicables a la industria de las tierras labrantías.

Ya es clásica en la Ciencia la serie de pruebas realizadas por Schlaesing y Muntz, las cuales dieron como resultado la comprobación de que en la tierra arable existen microorganismos nitrificantes, estudiados por Winogradsky. Correspondió a Berthelot, por otra parte, el descubrimiento de que la tierra agrícola húmeda fija el gas de la atmósfera, proceso éste que es negativo si se esteriliza dicha tierra a la temperatura de 120°. Son suyas estas palabras que expresan todo el valor práctico de la cuestión: «El punto de partida de la fijación del ázoe reside no en los vegetales superiores, sino en ciertos microorganismos inferiores que pujan en la tierra vegetal».

Apenas si se pudiera calificarla trascendencia que habían de tener semejantes predicciones del sabio cuya obra no se limita a la observación de la naturaleza: Berthelot, a la manera de Littré logró reconstruir muchas páginas de los anales de la alquimia. Su labor en este sentido es tan sabia y discreta como la de Renán de quien siendo amigo fué un admirador, y claro es, sufrió su influencia literaria: hombres de la misma época, ambos trillaron, aparentemente, caminos opuestos, si bien que desde el punto de vista de la Historia, Berthelot fué en su género un reconstructor. En química fué algo más: un constructor y por consiguiente, un original, que no desdeñaba la enseñanza enciclopédica.

DIEGO CARBONEL

Caracas, Mayo de 1927.

Agencia del
REPERTORIO AMERICANO
EN BUENOS AIRES
REPUBLICA ARGENTINA
SANTIAGO GLUSBERG

Esmeralda 247.



Lado Oeste Foto Hernández

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Es la hora de la cena y nos sentamos a la mesa; la familia está compuesta de la señora, tres niñas y dos varones. Roberto Brenes Mesén, el profesor y literato de Costa Rica, es el jefe de la familia. Él habla mientras nosotros le escuchamos sin pronunciar una palabra. Viven en Evanston, que es un suburbio de la mejor sociedad de Chicago. Yo he atravesado una regular distancia para venir a visitar a Brenes Mesén. Desde las ventanas del elevado he visto los campos cubiertos de nieve; el blancor de la nieve mirado al través de los cristales de la ventana me ha alegrado el pensamiento. Al bajar del carro he sentido el frío de invierno terriblemente, pero al llegar a la casa de Brenes Mesén, la estufa de su habitación y el verbo de su palabra me han puesto en calor el cuerpo y el espíritu.

Él cree que las imágenes son el origen del conocimiento. Alguien le preguntó que explicara esto y él lo explicó así:

"Aquí tiene una caja de fósforos (sacándose del bolsillo una caja de fósforos). Usted sabe como se llama esto?—Sí, una caja de fósforos.—Y usted sabe para qué sirve, qué tamaño tiene, de qué forma es? Detrás de esta caja hay una leyenda. Usted la ha leído? (El interlocutor nunca la había leído, a pesar de que todos los días ha tenido en sus manos una caja de fósforos). Esta leyenda es así. (Brenes Mesén lee y explica la leyenda al interlocutor). Bien, usted sabe de qué está hecha la caja de fósforos? Se da usted cuenta de los siglos que han sido necesarios para que esta caja de fósforos fuese lo que es? No cree usted que en esta caja de fósforos hay una historia muy larga? El papel y los demás materiales usados aquí han sufrido una transformación muy dilatada. Piense usted en todos los descubrimientos necesarios de que ha habido que echar mano para hacer esta caja de fósforos. Toda esa grande energía humana, todo ese éxito de trabajo se ha venido a constituir finalmente en una simple caja de fósforos. Cierre los ojos ahora por un momento y verá después que tiene una completa imagen de la caja de fósforos. Lo mismo pasa con todas las cosas y por eso hay que observar. Las imágenes son el origen del conocimiento."

Hablamos por largo tiempo de Froylán Turcios. Súbitamente se me ocurre comunicar a Brenes Mesén una observación mía, que he creído lógica por

Observaciones e ideas

Para Repertorio Americano



Roberto Brenes Mesén

(Grabado de 1918)

mi sola opinión y desde hace algún tiempo.—¿No cree usted—le pregunto—que ciertas bellas composiciones de Turcios han perdido algo del sentimiento debido a que Turcios las ha pulido demasiado en su afán por la forma? Me parece que ciertas composiciones poéticas con menos preocupación de la forma serían aún más bellas porque tendrían más sentimiento.

Brenes Mesén no opina así. «No, me dice, si el artista hace su obra de cierto modo, es porque para él en eso está lo bello. Muchas personas dicen: "yo lo hubiera hecho de este modo", pero seguramente al cambiar una palabra la composición se arruinaría, sencillamente porque el artista no la sintió de ese modo. Yo puedo sentir y ver las cosas de un modo mientras que usted las ve de otro».

—¿Pero no cree usted, don Roberto, que la obra que satisface a su autor siempre tiene que satisfacer a los demás? le pregunto yo.

—Eso es cierto, pero no a todos. Es imposible. Satisface a todos los que están en un nivel igual de cultura...

Hablamos de los problemas de Honduras. Hablamos de los terratenientes. Brenes Mesén me pregunta que si hay muchos en Honduras. «Sí, le digo yo, pero eso no es la causa de las revoluciones en Honduras. El motivo de las revoluciones y los desacuerdos políticos estriba en que en mi país el 90 por ciento viven del empleo del gobierno. Allí se pelea por el empleo. El triunfo del candidato de su elección significa la remuneración de un empleo y por lo tanto, un bien personal con qué afianzarla vida».

«Sí, me dice con mucha lógica el ahora profesor de la Northwestern University, pero si el 90 por ciento tuviesen tierras, esos no harían revoluciones y por lo tanto, no habría disturbios políticos. Yo siempre he creído y creo que la propiedad de la tierra es algo completamente absurdo. Decir: "aquí me paro porque este pedazo de tierra es mío", es una cosa sin lógica, porque yo considero la tierra como el aire o a la luz, que nos pertenece a todos. Y por eso yo creo que en Honduras la tierra debería distribuirse entre todos. No importa que los terratenientes se disgusten, el gobierno ganaría el favor del pueblo. Veá, el gobierno debería medir el terreno y distribuirlo entre el pueblo en partes equitativas y con estricto uso de la justicia. Cada individuo estaría obligado a cultivar el pedazo de

tierra y pagar cierta cantidad relativamente pequeña al gobierno por el terreno. Esta cantidad la sacaría del mismo terreno que él se vería obligado a cultivar, porque de lo contrario se le quitaría. Esto sería una ganancia para todos. Es lo que necesita Honduras. Ah, y si tuviéramos vías de comunicación sería mucho más fácil para que el pueblo vendiera sus productos. Veá, amigo mío, el Gobierno de Guatemala, de Honduras o de Costa Rica etc., que diga: "durante mi período yo no voy a hacer nada, nada, sólo una cosa: vías de comunicación, caminos," ese gobierno sería el mejor».

»A los pueblos, a lo que nosotros llamamos el pueblo hay que interesarlo primero en el uso de la propiedad, para desarrollar en él el hábito del trabajo. Así no hay revoluciones. Los pueblos como los de Centro América tienen este problema de las tierras. Hay que distribuir la tierra del terrateniente entre el pueblo».

Al hablar del licor, Brenes Mesén asocia ese hábito con la condición de las razas. «Ya no hay razas en Amé-

rica, nosotros somos mezclas, descendientes más débiles, con malas herencias. Las razas primitivas, vigorosas, dueñas de civilizaciones fuertes, no necesitaban del licor porque en su organismo tenían todo para completarse y por eso no necesitaban de estimulantes, tenían virilidad, su sangre era perfecta. Son, o fueron, los descendientes los que principiaron a necesitar de estimulantes. Los organismos un tanto degenerados se ven en la necesidad de los estimulantes porque necesitan ponerse en ciertas condiciones debido al decaimiento de sus organismos. Vea, pueden verse dos hombres muy parecidos físicamente y sin embargo, completamente distintos. El uno puede venir de una raza deteriorada, de una ascendencia que ha abusado de hábitos destructivos, mientras que el otro de una familia de vida distinta, con una herencia orgánica casi perfecta. Estos dos hombres muy semejantes al parecer físicamente, tienen que ser diferentes hasta en sus

hábitos mentales. Los españoles encontraron una civilización vigorosa en América. Guatemoc, por ejemplo era un hombre de aquella raza fornida. Después, con la mezcla viene cierta imperfección en la vitalidad del organismo, especialmente cuando los ascendientes han abusado de malos hábitos. El licor es muy a menudo un estimulante para organismos de sangre y conformación orgánica imperfecta; ellos necesitan el estimulante y lo beben inconscientemente. El licor tiene mucha relación con el estado de razas, en general y de individuos en particular."

Roberto Brenes Mesén ha escrito volúmenes de poesía (actualmente tiene uno de baladas en preparación), de crítica, que la aprecian por su visión y justicia: dos cosas que Brenes Mesén pone en su crítica con la ayuda de su talento y su cultura. Es un maes-

tro en Filología. Actualmente escribe libros de texto en español e inglés. Viene de Syracuse donde fué profesor por siete años. Antes fué Ministro de Costa Rica en Washington y antes fué Ministro de Instrucción Pública en Costa Rica, es un buen profesor, pero sobre todo es filólogo y notable literato.

ARTURO MEJÍA NIETO

Chicago, Ill.

PINTURA DECORATIVA

Rótulos y Anuncios Artísticos

COMERCIALES

Lidio Bonilla P.

Pintura Escenográfica

Dibujos en todo estilo — Para grabados

125 vs. al Sur de El Águila de Oro

Estoy feliz: después de una lucha tenaz que duró lustros y decenios, parece que ya los iniciadores, administradores y gerentes de las obras públicas colombianas comienzan a aceptar el principio de que no se las puede realizar sin picos, palas y carretillas, sin trazados y presupuesto. He aquí toda una revolución incruenta que hemos realizado contra la incuria de la raza y la enconia de los hados adversos. ¡Aleluya!

Convido hoy a mis compatriotas de espíritu vigilante a que iniciemos otro esclarecimiento de la conciencia nacional, esta vez dentro de la esfera del espíritu; que dotemos a la juventud de los instrumentos de trabajo intelectual con que pueda abrirse los caminos de la ideación y remontan, un ápice siquiera, el nivel cultural de las masas populares de todo el país. Vamos a difundir el libro por toda la república, fundando las bibliotecas aldeanas, de servicio oficial gratuito.

Principiemos por conceder a los dirigentes de la educación pública colombiana el convencimiento que deben de tener de que un pueblo necesita alimentarse también de ideas, y que las ideas se encuentran en los libros. Eliminada esta parte de posible discusión, anticipémonos a desvanecer la fuerza aparente de algunos argumentos contradictorios de esta empresa, a saber: su alto costo y su difícil ejecución.

La biblioteca aldeana debe constar, como núcleo de iniciación, de un centenar de obras fundamentales de la cultura humana que podemos distribuir en cuatro grupos: una selección de la literatura universal, en que el espíritu humano ha dejado, en huellas



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

Bibliotecas aldeanas

=(De Universidad, Bogotá)=

ideales de luz, el lento avance de su alma en la contemplación e interpretación del mundo y de la vida; una selección de obras nacionales, en que cada ciudadano de esta república acrisole el sentimiento de patria y fundamente el noble orgullo de su nacionalidad en la contemplación de la obra realizada por nuestros más esclarecidos compatriotas; una selección de manuales de instrucción, en que el niño aldeano pueda adquirir las nociones elementales en física, química, ciencias naturales, etc., y aquellas otras de utilísima aplicación a industrias, oficios y menesteres, que asesten un golpe decisivo en la rocosa testa de la rutina; y, por último, aquellos libros de consulta, como el diccionario, compendio de historia, de geografía, etc., que faciliten la tarea de interpretación y esclarecimiento autodidácticos.

Esto comprendería, calculando en mil las bibliotecas, cien mil ejemplares, y a éstos, a cinco pesos uno con otro, en quinientos mil pesos el gasto inicial, es decir, la mitad del valor de veinticuatro horas de disparates de cualquier gerente de nuestras obras públicas.

Mas esta cifra es exagerada,

pues en empresa de tamaño magnitud hay procedimientos de simplificación de gastos que no debemos descuidar. Desde luego es preciso considerar que en estas cantidades, se conseguirían con descuentos de un cincuenta por ciento las que quisiéramos comprar en el exterior. Mas no se trata de ello; es preciso emprender la publicación de estas obras en casa, aquí en Bogotá, en la imprenta nacional de la calle 10. En el Reino Unido, mediante el auxilio de las grandes rotativas modernas, hay en el mercado ediciones de los clásicos ingleses al precio módico de diez a quince centavos; muchas casas francesas, alemanas y españolas hacen ediciones que no pasan de este valor por ejemplar; y en Méjico, el costo medio de las que el gobierno ha emprendido con el mismo fin que contemplo en este artículo apenas alcanza al doble de estas sumas exiguas. Quisiera, sin embargo, dejar un margen amplísimo para iniciar ediciones de nítida impresión, tipo grande y encuadernación en pasta española, que tenga mayor duración y no estropeen la vista de los lectores, como ocurre frecuentemente con casi

todas las ediciones baratas, dentro y fuera de Colombia.

Este servicio de las bibliotecas aldeanas puede adscribirse a las funciones de uno de tantos empleados municipales cuyas labores son tan reducidas que causan neurastenia de ocio, digamos el personero municipal, el tesorero, el administrador de correos, etc., y asociarse a aquel otro, de que me ocupé en la semana pasada, de la educación cinematográfica, con lo cual la aldea colombiana deje de ser, en parte al menos, este melancólico destierro siberiano que es hoy.

Si no queremos que el campesino continúe siendo analfabeto, triste y rutinario; si no queremos que continúe el éxodo hacia las urbes tentadoras; si admitimos, al fin, que un grado más de instrucción popular equivale a un centenar de millones de riqueza pública; si, en fin, somos cristianos en el noble sentido de la caridad que distribuye, no andrajos ni mendrugos, sino fe y alegría, ideas y alegría, recursos vitales y alegría, redimamos a la aldea de su largo sopor, de su asfixiante vacío espiritual.

Es la hora: hoy, cuando tenemos en los ministerios de industrias y de educación nacionales dos jóvenes a quienes no les da jaqueca pensar: cuando en las secretarías departamentales de instrucción trabajan apostólicamente recias voluntades del temple de Tomás Cadavid y Rafael Bernal Jiménez (¡loor a ellos!), puede Colombia rebasar el estrecho cauce de sus iniciativas y desbordarse, fecunda, hacia más amplios horizontes de verdad y de virtud.

LUIS LÓPEZ DE MESA

Mi Don Francisco Giner

(1906 - 1910)

8.—Los trances de Don Francisco

UNA tarde de Enero, el Abuelo se encontraba en Barcelona y quiso ver el mar. Marchaba el día siguiente y después de despedirse de todos sus amigos se quejaba, murmurando, que le dolía irse sin haber visto *su* Mediterráneo. Para llegar a la playa, tuvimos que atravesar los barrios sucios y mal olientes del puerto, pero noté que hasta aquella suciedad levantina, y el olor especial de las calles y el tipo de las gentes le interesaba. Por fin logramos sentarnos en la arena; el sol se había ya puesto y en el Levante el mar se confundía con la plateada luz del cielo.

El Abuelo recordó los crepúsculos de la costa de Portugal, donde el sol se hunde en el mar con un reflejo de oro y sangre. No es extraño que los pueblos que miran a Poniente tengan tanta afición al mar; el sol parece invitarles a seguirle a otras tierras lejanas. El mar ha de parecerles el centro de la vida, por lo menos con más vida que la tierra.

—Nada es mejor que el agua! dije yo pedantescamente, recordando a Píndaro.

—¡Que lástima que nuestros ojos estén como adormecidos! ¡Quién pudiera olvidar todo lo que uno sabe! Ahora mismo me está Ud. inquietando con Píndaro y el recuerdo de filosofías que quisiera olvidar. Separados de nosotros no más que por dos mil quinientos años, y este brazo de mar que podríamos cruzar en pocas horas, nuestros físicos jonios, cuán lejos nos parecen! ¿Por qué no hemos de ser nosotros también mediterráneos puros, como ellos?—Una *fisis*... y basta!—

Y se quedó mirando fijamente el horizonte, con la cabeza apoyada entre las manos. Comprendí que iba a caer en uno de aquellos trances de ternura en que se absorbía todo su espíritu y le devolví a la realidad diciendo:

—Pero tampoco a los físicos jonios les satisfizo una explicación física del universo. El espacio, el movimiento, el espíritu, continuaron siendo un enigma.

El Abuelo despertó y aspirando el aire fresco y salado que venía del mar, dijo vagamente:

—Cuán difícil se hace ahora aquí, creer que este mar no vive y que este aire no tiene espíritu como nosotros.

Yo, para espolearle más, le reprendí sentenciosamente:

—Cae Vd. Abuelo en la misma debilidad que nos critica Vd. en nosotros, de hacer al hombre la medida de todas las cosas. ¿Quién sabe si el olor de aceite y de pescado que hemos tenido que respirar viniendo no nos ha predispuesto a pensar en jonio y aceptar que nada es mejor que el agua y que de ella ha salido todo?

—Yo no quisiera humanizar al Océano, añadió suspirando, sino ser como él. Sólo entonces comprendería su esencia. Acaso los poetas llegan a percibir algo de lo que yo desearía sentir. Por lo menos así lo dicen:

—*Are not the mountains waves and skies a part of me and of my soul as I of them?*

—No cree Vd. Abuelo, añadí yo, que es más corto poder decir con fe:—*Los cielos cuentan la gloria de Dios...*

—Y sin embargo, dijo Don Francisco poniéndose serio, entre el fenómeno y esto que llamamos Dios debe haber algo intermedio. La concepción de Goethe de las Madres, o principios inmortales de las Ideas de Platón, ayuda por lo menos a comprender el mundo. Me parece una cobardía entregarse sin combatir a una solución teológica. Si la mente humana no puede resolver estos problemas, por lo menos puede proponérselos...

Y si yo hablara en griego, como Jenófanes, le diría que aunque pudiera saber la verdad no sabría nunca que es la verdad...

—Y yo le diría que Vd. se ha propuesto hoy atormentarme en jonio, o en griego, pero no lo conseguirá, porque este mar, siempre agitado, me anima a romperme yo mismo en la playa del *nesciere*... y después de mí, otro, y otro y otro...

Mientras tanto, poco a poco una luz rojiza había ido iluminando el cielo y por fin la luna, que estaba en el plenilunio, apareció redonda, encarnada, alzándose majestuosamente sobre el horizonte.

—Qué hermosa es! dijo el Abuelo rompiendo el silencio.

—Qué hermoso es todo y qué regular y preciso, añadí yo. Este astro aparece en la hora señalada de antemano, como apareció hace miles de años y aparecerá cuando ya no estemos nosotros. Estas leyes fijas están en la mente de Dios, son Dios mismo...

—Pero son sólo una parte de Dios. ¡Qué niño parece Vd. hoy! No sólo existe lo que es, sino también todo lo que puede ser. Todo lo que podemos pensar existe también, por lo menos en la mente de Dios. Por aquí es por donde erró Spinoza; con su mentalidad ibérica no pudo comprender que si yo pienso que una serpiente se convierte en bastón, esto es tan real, tan exacto como el teorema de Pitágoras...

...—pero déjeme Vd. vivir y gozar de este mundo tal como lo veo yo ahora, que espero no será muy distinto de como lo ve Vd. Y cállese por Dios, déjeme Vd. gozar; se lo pido por este Dios, que Vd. busca con salmos y mecánicas.

Y estirando las piernas y acercándose instintivamente para evadir el relente de la noche, apoyó su cabeza sobre mi hombro y se quedó sumergido en contemplación.

Estas eran las conversaciones que tenía el Abuelo con sus discípulos, por lo menos aquéllos que no eran de su especialidad de ciencias morales y derecho. Y es por estas conversaciones que Don Francisco Giner era acusado de los mismos crímenes de que acusaron al gran sofista de Atenas, esto es, de corromper a la juventud y predicar falsos dioses:

J. PIJOÁN



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Chabarcha y el diablillo

¿Queréis conocer la historia de Chabarcha, el más astuto de los astutos? ¿Chabarcha, el que triunfa en todo cuanto emprende? Pues bien, os la voy a contar:

Chabarcha tenía un amo, un excelente amo, y se encontraba muy feliz. Pero vino un mal año, un mal año de cosechas. Su amo no sabía cómo vivir ni de qué manera hacerse de dinero.

«No se entristezca—le dijo Chabarcha—. Deje ese asunto en mis manos. Cuando uno tiene ojos para ver y sabe mirar, siempre se encuentra lo que se busca».

Chabarcha se fué entonces por un lado del molino. Quería coger pescado y venderlo. «Servirá siquiera para comenzar», se dijo. Pero necesitaba una cuerda y Chabarcha no tenía ninguna. «¡Bah!», pensó, «Yo mismo haré una».

Chabarcha se sentó en la ribera del molino y se puso a tejer una cuerda con un puñado de cáñamo que le había dado el molinero.

De pronto surgió un diablillo que saltó a la orilla.

—¿Qué haces ahí, niño?—le preguntó a Chabarcha.

—Ya lo ves; estoy haciendo una cuerda.

—¿Y qué vas hacer con esta cuerda?

—Con esta cuerda pienso pescar a todos los diablillos que hay en el remanso.

—¿Que piensas pescar todos los diablillos que hay en el remanso? Entonces se lo voy a decir a mi papá. El diablillo se echó al agua y desapareció.

—Espera un poco—se dijo Chabarcha—, ya verás lo que les voy a hacer.

Pero el diablillo volvió inmediatamente.

—Mi papá dice que nunca podrás pescar a todos los diablillos que hay en el remanso, porque nuestro remanso no tiene fondo.

—¿Y a mí qué me importa? Mira esta cuerda, mídela y no le encontrarás la punta.

—¿Y por qué?

Inmediatamente Chabarcha anudó las dos puntas de la cuerda y se la dió al diablillo.

Y éste se puso a medir, a medir y a medir... y no podía encontrarle la punta.

Despechado se echó de nuevo al agua. Pero volvió inmediatamente.

—Mi papá pregunta lo que te podríamos dar para que tú no nos pesques.

—Todo lo que tenéis que hacer es llenar de oro mi gorra.

El diablillo se echó de nuevo al agua para reaparecer inmediatamente.

—Mi papá dice que primero tengo que luchar contigo.

—¿Luchar conmigo? Pero inocente, tú no podrás luchar siquiera con el más pequeño de mis hermanitos.

—¿Y dónde está el más pequeño de tus hermanitos?

—Allá, debajo de un arbusto, cerca del bosque. Está descansando.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer para luchar con él?

—Dale un puñetazo y verás como se echa luego sobre ti.

El diablillo corrió hacia el bosque y encontró a un oso dormido debajo de un arbusto.

Entonces le dió un puñetazo.

El oso se levantó colérico, tomó entre sus patas al diablillo y lo abrazó con tal fuerza que se oían crujir sus huesos. Después de muchos trabajos pudo el diablillo desprenderse de entre las garras del oso.

Tan luego como se vió libre, corrió a ver a su papá y le dijo:

—Ya luché con el más chiquitín de los hermanitos de Chabarcha y por poco me rompe los huesos. ¿Qué tan fuerte será el hermano mayor?

El papá del diablillo, inquieto por los informes de su hijo, reflexionó un momento.

—Pues bien—dijo—, rétalos a las carreras.

El diablillo salió una vez más a la orilla.

—Vengo a retarte a las carreras—le dijo a Chabarcha.

—¿A las carreras? Pero si tú no puedes correr siquiera tan aprisa como mi segundo hermano.

—¿Y dónde está tu segundo hermano?

—Míralo allá, acostado en la yerba. Jálalo de las orejas y ya verás si corre contigo.

El diablillo se encontró una liebre que dormía sobre la yerba. Le jaló una oreja e inmediatamente la liebre se puso a correr hacia el bosque.

—¡Párate, párate!—le gritaba el diablillo.

Pero la liebre había ya desaparecido.

—Ahora—le dijo Chabarcha—corrámos juntos; pero te advierto que si te quedás atrás te doy una paliza que te mato.

—¡No, no!—gritó el diablillo.

Y nuevamente se echó al agua.

Al cabo de unos instantes reapareció.

—Mi papá dice que cada uno de nosotros va dar de vueltas al remanso, llevando a cuestras un caballo. Si tú das más vueltas que yo, tendrás todo el oro que pidas; pero si soy yo el que gana, entonces serás tú el que irá al fondo del remanso.

—¿Eso es todo?—le dijo Chabarcha—. Pues bien, comienza.

El diablillo se echó un caballo sobre los hombros y se puso a dar vueltas al remanso.

De esta manera dió cinco vueltas, después se detuvo exhausto y sin poder ya respirar.

—Ahora a mí me toca—dijo Chabarcha.

Y saltando sobre el caballo se puso a galopar alrededor del remanso hasta que el caballo se paró extenuado y cubierto de espuma.

—Y bien ¿qué haces ahora?—preguntó Chabarcha.

—Me has ganado—repuso el diablillo—. Tú lo has cargado más tiempo que yo, y lo que es más fuerte, entre las piernas. Nunca lo hubiera podido hacer, aunque sólo fuera por un minuto. ¿Y cuánto hay que darte?

—Ya te lo he dicho, hay que llenar de oro mi gorra.

El diablillo se echó al agua para ir a buscar el oro y Chabarcha se puso a escarbar la tierra para hacer un hoyo profundo. Después lo cubrió con ramas entrelazadas, sobre las cuales puso su gorra, no sin antes haberle hecho un agujero.

El diablillo volvió y comenzó a echar monedas de oro en la gorra. Todo el día se lo pasó del remanso a la gorra y de la gorra al remanso, echando monedas de oro y más monedas. No fué sino hasta ya en la tarde cuando la gorra se vió, al fin, llena.

Chabarcha echó todo este oro en un gran carro y se fue con él a casa de su amo.

Desde ese día Chabarcha vivió rico y feliz. El me ha invitado varias veces para que vaya a beber cerveza con él, pero yo no he ido nunca, pues dicen que su cerveza tiene un sabor amargo.

¿Por que será?

Lo vuelve a contar RAFAEL LOZANO

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica